

## Ficciones argentinas. 33 ensayos

BEATRIZ SARLO (2012).  
Buenos Aires, Mardulce, 217 páginas.  
ISBN 978-987-28031-1-9



Lucía De Leone

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES / CONICET

En este nuevo libro, conformado por lo que su propia autora denomina “notas”, Beatriz Sarlo traza un recorrido crítico sobre algunas zonas de la literatura argentina contemporánea. Estos ensayos, cuyo origen son las notas publicadas entre 2007 y 2012 en el suplemento cultural del diario *Perfil*, se ocupan de identificar singularidades en una pluralidad heterogénea de textos de escritores y escritoras de la escena literaria contemporánea.

Dado que la tarea crítica de Sarlo es casi simultánea a la publicación de estos libros que formarían buena parte de la “literatura del presente”, la autora inscribe sus intervenciones en lo que metafóricamente llama “un viaje exploratorio”, un recorrido casi a ciegas por estas expresiones literarias de “lo nuevo”. Una imagen –la del crítico como explorador descubriendo tierra virgen– que reafirma las declaraciones de Sarlo en el prólogo, donde manifiesta no haber hecho interpretaciones definitivas sobre la plétora de libros recién publicados y que ella fue seleccionando un tanto aleatoriamente, otro tanto por gusto, y también por recomendación de los editores del suplemento cultural. ¿Cómo hacer lecturas acabadas desde las páginas periodísticas, donde lo que prima siempre es la inmediatez, la conjetura, la captura de la emergencia? Rastros del trabajo periodístico que estos ensayos conservan incluso en la versión corregida o ampliada para este libro y que confieren así una posible clave para pensar modos de hacer crítica del presente con la literatura del presente.

Otro punto destacable de este libro es la afirmación de su autora sobre las formas que incidieron en el armado del corpus de trabajo. Más allá de las propuestas de los directores del suplemento cultural de *Perfil* y de la dinámica del mercado editorial y los distintos factores que inciden en su conformación (qué se publica, quién lo publica, en qué editorial, cuál es la ciudad de origen del escritor, qué novedades trae, qué fórmulas de éxito se reproducen, cuáles son los temas y géneros candentes), lo que primó en ese recorte de la literatura actual fue el interés y la curiosidad personales de la propia Sarlo. En el prólogo ella explica que los libros elegidos para trazar

esa suerte de itinerario tentativo de la literatura del presente, ajeno a cualquier mecanismo canonizante, fueron libros que básicamente le habían gustado. Ese es el verbo que utiliza, deliberadamente, y al que exorciza de toda posible recriminación al sumarle, al capricho, la intuición y hasta la obsesión del gusto por un objeto, la capacidad crítica, basada en una buena argumentación, en una sólida fundamentación. Sobre los libros de estos jóvenes escritores, la autora de *Ficciones argentinas* deposita una lectura con rasgos proféticos o adivinatorios (dados por el acto de lo que llama el “escribir al toque” de lo que se publica), dispuesta a captar zonas de emergencia o aprehender la novedad, aun corriendo el riesgo del error. Porque precisamente esto se ve habilitado por tratarse de libros –novelas o cuentos– casi sin bibliografía (algunos de ellos son *opera prima*), de escritores vivos, algunos ávidos interlocutores de la propia Sarlo, que siguen produciendo, con los que se traza una relación íntima, y no de obras cerradas (al menos en términos de ciclos vitales), sobre las que gira “un capital depositado”, transitadas por la crítica, ya legitimadas, que demandan un alejamiento decidido del error. Es, como se dijo, la captura inmediata e instantánea de lo emergente –“qué dice cada uno esta vez, en este nuevo libro”– que requiere del paso del tiempo, de las muchas lecturas, de la incidencia de diversas instituciones en un campo de fuerzas, de la aceptación del público a largo plazo para gozar de un efecto canonizante.

Por otro lado, Sarlo se vio interpelada más por la cualidad individual y propia de cada texto que por la pretensión de una totalidad o el impulso de fotografiar panorámicamente y clasificar el estado de una época literaria, lo que se advierte claramente en la metodología empleada. Sin dejar de advertir tendencias o direcciones comunes en los textos analizados, Sarlo prefiere ubicar sus “notas” por orden cronológico de aparición en los medios que ordenarlas mediante el armado de grupos, zonas, ejes, series o constelaciones temático-ideológicas. Pues fue la diferencia entre ellos y la interrogación, y no las coincidencias o las certezas, lo que primó entre sus criterios críticos y editoriales.

Como estas notas, o mejor dicho “ensayos críticos sobre ficción”, no partieron de la idea de hacer un libro sino que se trató de columnas periodísticas luego recogidas en un volumen, es inevitable que la autora haya dejado fuera de su prisma crítico tanto géneros literarios (la poesía) como una cantidad de escritores del presente, de absoluto interés para Sarlo, que, por razones irrelevantes (como, por caso, publicar antes o después del momento en que escribía esas columnas), no fueron incorporados: Aníbal Jarkowski o Daniel Link. Lo que sí se desestimó con decisión fue lo que Sarlo llama –inspirada en la expresión “cine de calidad” para referirse al cine discreto y educado frente a la propuesta de la nueva ola francesa– la “literatura de calidad”, que construye “simulacros cultos” (pero no al estilo del *pop art* y sus resonancias literarias en Puig) y trae innovaciones más temáticas que formales que con fórmulas ya probadas y eficaces funcionarían al modo del *best-seller*.

Marcada por sus lecturas de formación auto delinea que le “enseñaron literatura” –todos los Barthes (el estructuralista del detalle, el literato que “hace valer su lectura”)– y que contribuyeron a la percepción mediada de lo social y lo histórico –Benjamin, Williams, Viñas– Sarlo emprende esta tarea crítica que agrupa escritores que cuentan con una obra consolidada (como Sergio Chejfec, César Aira, Martín Kohan, Matilde Sánchez, Marcelo Cohen, Daniel Guebel) con una camada de jóvenes escritores que incluso desde sus primeras novelas han ido ganando lugar en el escenario literario de los últimos tiempos (Selva Almada, Iosi Havilio, Félix Bruzzone, Laura Alcoba, Hernán Ronsino, Matías Capelli, Juan Terranova, entre otros).

Si bien la mayoría de los textos literarios que integran este volumen tejen tramas urbanas y, al afirmarse en una primera persona, a veces intimista, que identifica narrador con personaje, son evidencia literaria del llamado “giro subjetivo” de la cultura, no se descartan esos libros en los que se emplaza la fábula en ambientaciones fuera de esa “onda”, como los emplazamientos provinciales (*Entrerrianos* de Damián Ríos), los pueblos lejanos y minúsculos, y las rutas (*El viento que arrasa* de Selva Almada), los barrios marginales (*Villa Celina* de Juan Diego Incardona), con narradores garantes más del desconcierto que de una “psicología profunda”, itinerantes, en fuga (*Estocolmo* de Iosi Havilio), con tramas elípticas o barrocas.

Resulta curioso que el número de ensayos elegidos sea el treinta y tres, como los cantos de *La vuelta de Martín Fierro*: “En este punto me planto/ y a continuar me resisto;/ estos son treinta y tres cantos,/ que es la misma edad de Cristo”. Una cifra con una fuerte carga simbólica, místico-religiosa, que denota el sacrificio, la muerte, un fin para un nuevo comienzo. Los libros de los escritores que aquí se analizan salen a la luz mucho después de Borges, con la tranquilidad de que él ha existido (señala Sarlo) y con el sosiego de que ya es parte de un legado, al que acudir cuando sea necesario (podría agregarse). La vuelta al “Grande” se hace de manera heterodoxa y discreta, esto es sin la ansiedad que acarrearán las “cuentas pendientes”. Antes que “un fantasma que retorna”, que acecha, que muestra las faltas o las diferencias, la existencia pasada de Borges podría funcionar como el disparador de lo nuevo que estos jóvenes y no tan jóvenes escritores traen a la escena literaria.

Para cerrar, es importante mencionar que el libro de Sarlo entra en diálogo con una muy numerosa y variada producción crítica actual interesada en la literatura del presente, que generó una serie de especulaciones y debates muy fructíferos y controvertidos (Sandra Contreras, 2007, 2010; Alberto Giordano, 2011) que recuperan o desestiman las categorías literarias, teóricas y críticas que rigieron, con altibajos, en los estudios literarios modernos y contemporáneos. Con el cambio de siglo y de milenio, la crítica Josefina Ludmer (2007; 2010) ha fechado el advenimiento del estadio post-autónomo de la literatura donde ya no es meritoria la pregunta por el valor y estatuto literarios o las diferenciaciones de las esferas socio-culturales. Por lo demás, si en trabajos previos Sarlo (2006) había identificado como una marca destacada de mucha literatura argentina actual la distancia de la ficcionalización de la historia reciente, tan cara al contexto de la pos dictadura, el corpus analizado en este nuevo libro parecería no precisar de una aclaración semejante: los libros elegidos –los libros disponibles– hablarían por sí mismos en virtud de los diferentes universos referenciales puestos en circulación. En este sentido, el libro de Sarlo constituye un gran aporte para abordar el escenario literario actual y la cultura contemporánea argentina.